

Empapados

Tanto amó Dios al mundo,
tanto, tanto, tantísimo,
que le entregó lo más querido que tenía.



Y el Hijo, objeto y a la vez sujeto,
se dio y nos entregó su Espíritu y su Padre,
como un regalo de su entraña viva.

Y de donado se hizo donador,
soplándonos el mismo Espíritu
que a él lo conducía.



Después aquel Amor se multiplica
en cada aliento,
en cada golpe de respiración
y en todas las miradas compasivas
del Hijo amado.

Ya no sabemos si lo trasportamos dentro o
fuera,
a la derecha o a la izquierda,
encima de nosotros o debajo.



Solo sentimos
que estamos empapados.

